

## TOPONIMIA DE VITORIA IV, LANGRAIZ

Alkate jauna,

Euskaltzainburua,

Jaun-Andreok,

Agur t'ardi.

Patxi Salaberri euskaltzain osoaren hitzak entzun ondoren, niri dagokit liburu honen muina azaltzea.

Gasteizko *Langraiz*ko leku-izenak izan ditugu aztergai *Gasteizko Toponimia* egitasmoaren aldi honetan eta izen horien zerrenda eta deskribapena aurkituko dituzue gaur aurkezten dugun liburuan. Hona hemen, bada, egitasmo honen inguruko zenbait argibide. Hemendik aurrera gaztelaniaz arituko naiz, zuek baimena emanaz gero, denok elkarri hobeto ulertzeko eta aurkezpen hau errazteko.

.....

Les presentamos el cuarto tomo de la *Toponimia de Vitoria*, correspondiente a la antigua merindad de *Langraiz*. Es obligado recordar que éste es un proyecto de investigación sobre la toponimia histórica y actual del municipio vitoriano, que integra la propia ciudad y sus 64 aldeas y que se está llevando a cabo gracias al convenio de colaboración entre el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz y Euskaltzaindia, y dirigido por el profesor y académico Patxi Salaberri.

Dada la extensión del municipio, así como la gran cantidad de testimonios que contiene la base de datos, con un *corpus* de 400.000 registros toponímicos pertenecientes a los últimos seis siglos, la obra se está publicando en diferentes partes, donde los pueblos han sido agrupados según las antiguas merindades que componían Álava citadas en el conocido documento del Monasterio de San Millán de la Cogolla, *La Rēja de Álava* del año 1025. Por lo tanto, este cuarto tomo recoge la toponimia de los pueblos que hoy son vitorianos, pero que en su día pertenecieron a la antigua merindad de *Langraes / Langraiz*, esto es, doce pueblos de la zona suroeste del municipio, a saber: Aríñez, Aztegieta, Crispijana, Estarrona, Gometxa, Lermanda, Margarita, Mendoza, Otatza, Subijana, Zuazo y Zumeltzu. Asimismo, contiene un artículo del filólogo Roberto González de Viñaspre sobre los mortuorios de *Langraiz* citados en dicho documento del siglo XI. Al igual que en los tomos anteriores, sobre la toponimia de las merindades de *Malizaeza* y *Ubarrundia*, se ofrece la toponimia ordenada y clasificada, con su correspondiente propuesta de forma normativizada.

Pero vayamos al principio, ¿qué es toponimia? ¿Qué es un topónimo? Un topónimo es el nombre propio de un lugar, es decir, ese nombre que ponemos a un río, a una pieza, a un monte, a un pueblo, a una fuente o a un campo para poder identificarlo. Y estos nombres los ponemos en la lengua que utilizamos para comunicarnos. Nuestra toponimia no es un hecho aislado y exclusivo del lugar. Los criterios que utilizaron nuestros antepasados y los que hoy día utilizamos son similares. Lo que cambia son las herramientas. Quiero decir, que en la Edad Media o Moderna, también había modas. Los nombres de santos, de héroes, de dirigentes o bien nombres descriptivos eran utilizados en toponimia, al igual que hoy. Lo que puede variar es la herramienta

para construirlos, es decir la lengua. Lo que conocemos aquí, se conoce en otros muchos lugares. Es esta obra, por lo tanto, un instrumento útil para la onomástica e, incluso, para la lingüística en general. No hace mucho leí una referencia a la globalidad de la arquitectura. Y para mi asombro se relacionaba, por ejemplo, el Buda Esmeralda Verde de Tailandia con el barroco. Pensé: esto mismo sucede con la toponimia. Hay *Stuttgart* en Alemania, hay *Beotegi* aquí, o *Yeguada* allá.

Y ¿qué pasa en la vida de un topónimo? Primero es creado por los hablantes en su lengua vehicular, que en nuestro caso son dos las lenguas utilizadas, el castellano y el euskera, en mayor o en menor medida dependiendo de la época y de la zona. Piensen ustedes en nombres tan familiares como *Iturritxu*, *Basoa*, *Mendizorrotza*, *Lakua*, *San Martín* o *Campo Los Sogueros*. Una vez creado el topónimo y con el paso del tiempo, este nombre puede mantenerse, perderse, desfigurarse o rebautizarse; **mantenerse**, como *Legardagutxi*, documentado ya desde el año 1294, *Jundiz* o *Kapelamendi*, documentados desde el siglo XV; puede **perderse**, pues son innumerables los topónimos que se han perdido por una u otra razón. Sin ir más lejos, el citado *Campo de los Sogueros* ya ha desaparecido pues ni hay campo, ni hay personas que hagan sogas, hoy día conocemos cerca del lugar el centro cívico *Aldabe*, puesto que la realidad es otra bien distinta a la de épocas pretéritas; pueden **desfigurarse**, algo muy habitual en nuestro caso, dada la pérdida gradual de una de las lenguas del municipio, del euskera. Lo que puede ocurrir es que llegue un momento en que el hablante ya no entienda o no reconozca un topónimo, porque ya no conoce la lengua en la que se creó. Por ejemplo, en Gometxa hoy día conocen el término *Jeniturri*, y además los lugareños indican que hay una fuente. Pues bien, este *Jeniturri* es la forma desfigurada o bien evolucionada, de un topónimo documentado desde el siglo XVI como *Axariturri*, que significa ‘la fuente del zorro o del raposo, o los raposos’. Es a partir del siglo XVIII cuando empieza el baile de nombres: (*Axeariturri* > *Axariturri* >) *Ajariturri* > *Ajaniturri* > *Janiturri* > *Jeniturri*, pueden **traducirse**, en nuestro caso frecuentemente al castellano, también muy corriente en nuestra toponimia. Suelo decir que nuestros escribanos ya hacían traducción simultánea, pues encontramos en la documentación expresiones habituales como: “una heredad en el término *Elexostea* o *Tras la iglesia*”, “el término llamado *Margaritabidea* o *Camino a Margarita*”, incluso también la explicación completa “un mojón en el término *Orgaciburua* que es término bascongado, y en castellano significa en *La Cabecera de Agua Salada*” (1815). Y, por último, pueden **rebautizarse**, ya que no olvidemos que los nombres encierran muchos datos pertinentes del lugar referido. En esta merindad conocemos nombres como *Inglesmendi*, *Kapitulamendi*, o *Arizmendi*, para nominar un mismo monte. Pero el asunto se enreda mucho más a tenor de los datos, pues todo parece indicar que son nombres utilizados para llamar a los dos conocidos cerros que hoy día se identifican con *Alto del Castillo de Jundiz* y *Alto de San Juan de Jundiz*, pero es que también conocemos *Jundizgana* (cuya traducción es *Alto de Jundiz*), que muy probablemente se refiera a una de esta dos colinas. ¡Qué lío!, ¿no?

En cierta ocasión en la que yo actuaba de conferenciante, una persona del público me espetó que todos somos filólogos, que llevamos un filólogo dentro. No quise en aquella situación desilusionar al que amablemente había acudido a mi conferencia, pero obviamente, de la misma manera que todos utilizamos números, y no somos matemáticos, o vemos las estrellas, incluso distinguimos alguna constelación y no somos astrofísicos, no todos somos filólogos aunque conozcamos nuestro léxico y sepamos leer y escribir.

Los estudios en diversas áreas de conocimiento van avanzando, también, por supuesto, los estudios de onomástica y, por ende, de toponimia. Este es un proyecto de investigación, no una mera presentación de datos, y ¿por qué decimos de investigación? Porque cumple las bases del conocimiento y el método científico. Es

decir, los pasos fundamentales de cualquier investigación. He hablado de la vida de un topónimo, pero ¿cómo podemos llegar a saber las etapas de esa vida?

Así como en ocasiones anteriores les he ofrecido recorridos por los rincones de la toponimia de Vitoria y Álava, hoy les invito a una ruta diferente. Les propongo un viaje montados en los hombros de la *Investigación Científica*.

Primera parada, **El problema**: algo así como se dijo en el Apolo 13 “Ok, Houston, we've had a problem here”, erróneamente traducida por ‘Houston, tenemos un problema’. ¿De dónde partimos? ¿Cómo comienza un trabajo como éste? Todo trabajo de investigación comienza con un problema que tenga relevancia, o bien social o, dentro de su disciplina, un interrogante que sea abordable empíricamente y que responda a un cuerpo teórico determinado. Es decir, una incógnita cuya solución exija la creación de un conocimiento nuevo. El problema se adjetiva como científico porque es la ciencia con sus herramientas, con su labor sistemática, organizada y planificada la que puede aportar esa solución. Y ¿cuál es el problema que nos ocupa? Pongamos por caso, que se pide cómo es el nombre en euskera de la localidad de *Aríñez*, o que un pueblo o ciudad quiere poner nombres a sus calles con los topónimos del lugar, o que se quiere señalar una ruta verde, las paradas del tren, las señales de una autovía, la toponimia en un mapa, etcétera. En este caso en particular la pregunta es si los nombres vivos hoy en nuestros pueblos como *Billabidea*, *Fresoloa*, *Remendi*, *Cotiau*, o *Prau* son adecuados, originales o desfigurados. Efectivamente, tenemos un problema, por lo que esto nos lleva a la segunda parada de nuestro viaje.

Segunda parada, **El Objetivo**: recoger la toponimia histórica y actual de una determinada zona, someterla a estudio para poder resolver nuestro problema. Este objetivo nos lleva a la tercera parada del viaje.

Tercera parada, **Reunión de datos**: en esta estación del viaje se recopilarán los topónimos recogidos por los escribanos en los documentos, en las actas municipales, en la bibliografía publicada... y los que perduran en la memoria colectiva. Los instrumentos de recolección de datos han de responder a criterios de validez, confiabilidad y discriminación. No vale cualquier dato. Expresiones del tipo: “en un documento del abuelo mi tía leyó que el término se llamaba *Andalucía*” no sirven de mucho. Es como decir, en un atardecer de otoño ‘he visto una estrella junto a la luna’, cuando en realidad, lo que se ve es el planeta Venus. La investigación nos ha llevado a probar que este *Andalucía* es en realidad *Landaluzea* o, por citar otro ejemplo, este verano hemos leído en la prensa local vitoriana y también hemos oído en los mentideros de la ciudad que el topónimo *Inglesmendi*, cuya traducción es ‘monte de los ingleses’ debe su nombre a las tropas del general Duque de Wellington, cuando en realidad *Inglesmendi* se refiere a otra gesta bélica ocurrida en la zona en el año 1367, es decir, este topónimo ya estaba vivo cinco siglos antes de la Batalla de Vitoria. O, errores cometidos por el propio personal que interviene en esta fase, tanto por un desconocimiento de lenguas, o por su escasa formación, del tipo: “una heredad en *Aberasturilla madochioa*” dato real, recogido por alguien, de 1677, cuando en realidad lo que debe leerse es “una heredad en *Aberasturi* llamado *Chioa*” o “una heredad en el termino *Zagala*”, cuando en realidad la cita sigue y dice así: “Una heredad en el termino *Zagala desa*”, que obviamente se refiere a *Zaga la dehesa*, es decir, ‘Tras la Dehesa’.

La muestra se ha de presentar con el necesario rigor científico, tanto en la descripción de su procedencia, como en su selección. De la base de datos con 400.000 registros se han utilizado cerca de 70.000 registros toponímicos para los doce pueblos que nos ocupan. En el libro se presentan alrededor de 24.000 muestras documentales, cuya

selección requiere de una labor concienzuda. La cantidad de la muestra ha de ser adecuada a la dimensión de la base de datos.

Cuarta parada, **Organización de los datos**: en este andén se hará lo que yo suelo llamar un 'puzzle'. Es decir, toca organizar y relacionar todos esos miles de datos e identificarlos con un único topónimo. Esta fase, en nuestro caso, se trata de un trabajo muy laborioso y, por qué no decirlo, complicado. La ordenación no puede ser alfabética, pues recordemos que hasta el topónimo más sencillo y claro, como *Iturribea* 'bajo la fuente', puede estar escrito con una y griega, con dos, con b, con v o con u, con una t o dos, puede presentarse con aféresis, *Turribea*, la rr doble se puede representar con una R mayúscula, etcétera. Es decir, que si los ordenáramos alfabéticamente, no habríamos organizado los datos, prácticamente volveríamos a tener los mismos y desordenados. Es en esta fase donde relacionamos, por ejemplo, *Camino de Cabraoste*, con *Kaltzadaoste* 'detrás de la calzada', *Bidabuena* con *Bideogena* 'camino torcido', o *Turrupitieta* con *Iturribetieta*. En nuestro caso, los 70.000 datos se han reorganizado en 2.063.

Quinta parada, **Propuesta de una solución**: en este caso, se ofrecen 2.063 entradas toponímicas, cada una con su muestra documental, y su correspondiente hipótesis y explicación que ha llevado a proponer cada topónimo en cuestión ¿Se acuerdan de la primera estación de nuestro viaje, se acuerdan del problema? Pues bien, he aquí las soluciones: *Billabidea* es *Billodabidea* 'el camino a Villodas', *Fresoloa* es *Fraisoloa*, 'la pieza del fraile', *Remendi* es *Erroimendi* 'monte de los cuervos', *Cotiau* es *Coteado* y *Prau* es *Prado*. Y además, la forma vasca para *Aríñez* es *Ariz*. Sí, sé que están pensando que hasta ahora se había dicho otra cosa sobre *Aríñez*, pero tengan en cuenta que hay datos que pueden orientarnos hacia otras hipótesis y que estos datos se erigen como evidencias contrarias a la hipótesis de trabajo en cada momento, es decir la posible etimología y evolución del topónimo en cuestión. Una investigación no ha de obviar tales evidencias, y por tanto no han sido obviadas, descartadas o eliminadas. Si fuera así se pondría en cuestión la objetividad de todo el proceso. Piensen en el último premio nobel de física, otorgado por la teoría del Bosón de Higgs. Esta teoría fue formulada hace 50 años, y todavía están buscando la llamada 'partícula de Dios'. Es así el camino de la ciencia y lo que la distingue de las pseudociencias. De ahí que hoy podamos afirmar que *Ariz* es la forma vasca de *Aríñez*. No se alarmen. No es tan complicado cambiar el nombre. En esta última época hemos aprendido que el nombre de *Ángela* cuando va acompañado de *Merkel*, se dice *Anguela*. Por lo tanto, también aprenderemos *Ariz*.

Última parada, **Prueba de la solución**: en este último apeadero se presentan las soluciones. En nuestro caso es este libro con 1.104 páginas. **DIAPO** implica someter tanto las propuestas de topónimos como sus descripciones a la opinión de la comunidad científica para que los acepte o los refute. Pero lo más importante, los pasos seguidos en todo el proceso de investigación, todas las paradas y quehaceres que hemos hecho en este viaje pueden ser replicados. Y son éstas las características que lo convierten en un proceso científico. Por ejemplo, un topónimo en Aztegieta que se presenta como *Estañua*, lo relaciono con la voz latina *stagnum* 'estancque, agua estancada' pues conocemos también topónimos en otros lugares como *Estany* o *Estañer* con ese mismo étimo, y además es un término descrito en la documentación junto al río y una acequia. Asimismo, presento otra hipótesis: que el nombre pudiera estar relacionado con un tipo de planta que sirve para pulir objetos estañados, que es frecuente en las acequias de la zona, a modo de *Eztainu-belar* 'cola de caballo' en lengua vasca. O el topónimo *Kurrulibaia*, que relaciono con *kurrilo*, *kurrulu* 'grulla' e *ibai* 'río' en lengua vasca, a sabiendas de que esta zona es paso de aves migratorias, entre ellas las grullas. Y así con los miles de topónimos que se presentan en este libro.

Se propone un topónimo, con su correspondiente muestra de los testimonios documentales acompañados de su año, archivo, número de protocolo o signatura, y número de folio, junto a uno o varios textos donde se cita el topónimo. Junto a todos estos datos se ofrece una explicación, una hipótesis e información complementaria, bien lingüística, histórica, etcétera. Es ésta la manera de exponer los resultados para que puedan ser comprobados, verificados, contrastados y refutados, condición ésta indispensable de un trabajo de investigación. La ciencia no es un acto de fe, es abierta y sujeta a réplica, verificación, contrastación y refutación.

No me gustan los investigadores que miran por encima del hombro, quizá porque piensan que los demás no les van a entender. Hay que saber compartir, explicar y transmitir, lo que hacemos con el dinero público y ponerlo a disposición de toda la comunidad, sea ésta científica o no. Y esta labor de divulgación hay que hacerla, a mi entender, sin remilgos de castas intelectuales. Hablamos de que para que un país avance necesita de la investigación, de lo llamado I+D y ahora I+D+I. Pues bien, la investigación en toponimia, lejos de la filantropía, está en la línea del avance de un País también, además de poder generar riqueza y ahorrar dinero, y desde aquí agradecemos al Ayuntamiento de Vitoria por su apuesta en este proyecto desde sus orígenes. He aquí, por lo tanto, este libro, que en esta ocasión se presenta en formato digital, y que a golpe de *click* nos lleva a topónimos y palabras. ¡CÓmodo!, ¿no?

Y aquí termina nuestro viaje. Espero que no se hayan bajado en la primera parada. Les emplazo dentro de dos años y si todo va bien, a la presentación del siguiente tomo *Arratzua I*.

¡Gracias por venir!

Eskerrik asko denoi!

Elena Martínez de Madina

Gasteiz, 2013-XI-13